

Esas mujeres...

AVIADORES de la DIVISION

de la cultura. Para que aprendan a estimar una vida que, para serlo, requiere un contenido de espiritualidad.

Hablemos nosotras, con la impetuosa admiración femenina al héroe joven, del regreso y de la calidad humana de estos hombres. Y de la íntima, orgullosa dicha de las mujeres que lloraron su ausencia, que alentaron su fe en cartas vibrantes, que conocieron, en fin, el agridulce sabor de la espera.

EL COMANDANTE SALAS Y SU MUJER

Muy cerca de esa Basílica de la Milagrosa, donde Charo rezaba cada día ajena a cuanto no fuera su impaciencia y su fervor, está la casa recién puesta, moderna, cuidadosa, viva, de los señores de Salas.

Charo se quedó allí, sola, aquella mañana del 24 de julio, en que salieron para Rusia los aviadores de la División Azul. Se quedó sin voz la casa. Sólo los latidos temblorosos de la escritura febril. Y el silencio que rompe la llamada del cartero.

Charo recordaba, en aquellas horas de resignado amargor el encuentro de Lueca. Año 1937. Ella acababa de salir con su padre, que quedó muy enfermo, del asedio de Oviedo. El sitio había sido muy duro. En busca de reposo y serenidad, se instalaron en la playa asturiana. Una tarde, los aviadores de Navia vinieron buscando el mar. Eran aquellos muchachos que cruzaban sobre el suelo sangriento de España con heroísmo increíble, porque las deficiencias del primer material eran grandes y ellos parecían volar merced al impulso alado de su coraje y su valor.

Habían, pues, llegado aquellos hombres jóvenes, sonrientes, magníficos, y todas las muchachinas de Asturias les querían conocer y saludar. «Suerte, vista y al toro...» En la presencia juvenil, picante, de aquellas adolescentes había un riesgo también. Y Angel Salas sintió la atracción: capotó. Se le quedaron los ojos prendidos en la mirada de Charo. Rubia, fina, bellísima—bellísima sin elogio: con justeza y razón—, es una encarnación armoniosa y exacta de la femineidad delicada. Angelillo—señor comandante Salas, jefe de la primera escuadrilla española que fué a Rusia, héroe de España—hubo de volver a jugarse cada día aquel corazón, carviva de patria. Pero ya Charo había empezado a rezar...

El comandante Salas acompañado de su esposa, una bella asturiana...

*Vivere non est necesse:
navigare est necesse.*

CON la pedantería de una cita latina, cuyo exacto y poético sentido corresponde a nuestra época y a nuestros hombres, se inicia bien una divagación sobre estos caballeros del aire que han rubricado con sus firmas los cielos de Rusia, en un servicio generoso y activo de la Falange a la causa de la Humanidad.

Vivir no es necesario. Volar es preciso. Y noble. Porque si los árboles impiden ver el bosque, hay que remontarse a las nubes para

poder contemplar la grandeza del terreno y la mínima expresión de la individualidad. Porque Dios no dió alas a los animales dañinos y se las dió al águila y al halcón. La altura purifica. Sobre las ciudades, sobre los seres, a la altura del sueño. Y cada vez más altos inteligencia y corazón.

En aquella que se llamó la gran guerra, D'Annunzio, patriota y poeta, volando sobre Austria, fué gravemente herido en la cabeza. Perdió un ojo, y aun durante muchos días hubo de guardar absoluto reposo porque su vista había quedado muy amenazada. Todo el rostro se perdió entre vendas. Sólo podía contemplar su panorama interno; sólo veía a través de la propia sensibilidad. Y así, agudizada por la ceguera, en unas cuartillas largas, largas, que le iba colocando la mano conmovida de ternura filial, escribió una de sus mejores obras: *El Nocturno*.

Era aquel hombre que dijo a su generación—como a la nuestra lo ha dicho José Antonio—todo el valor de la semilla poética. Aquel aviador que, obligado a bombardear Viena en represalia de un ataque a Venecia, lanzó sobre los objetivos rosas como proyectil. Quiso indicar a los hombres que la lluvia espiritual es la que mejor hace germinar. Así fué. Hoy Austria e Italia han sellado su hermandad, su destino común.

Hablen los técnicos de las proezas y prodigios de este grupo de muchachos españoles que han ido a rasgar las nubes de Rusia para que pueda llegar a sus pobres gentes depauperadas la luz del sol, de la civilización,

El teniente Emilio O'Connor con sus compañeros en el frente ruso en uno de los momentos de descanso, que son anticipo de horas arriesgadas...

La hermana del teniente O'Connor... ¿No recuerda esta fotografía aquellos antiguos grabados en los que la familia del héroe espera al milite desde el alto mirarete...?



...Y p
a ese ma
mente» q

EMILI

Dos h
teniente
ganche a
rra. El p

La m
dolor. Lo
eran an

En la
ble pren
abrigo de
Retazos